

II

EL CRITICO DE ARTE JOSE FRANCES

POR

JOSE CAMON AZNAR

QUÉ trascendental novedad aporta José Francés a la crítica de arte? Una vez más la personalidad de un escritor se impone en su totalidad sin que sea posible desgajarla en campos distintos. Y José Francés, vocacionalmente escritor, buen novelista, autor de cuentos primorosos, dramaturgo, ensayista, aporta a la crítica una dimensión que la magnifica y la entesta con las obras criticadas: la literaria. Con José Francés la crítica se transforma en un género literario más que ennoblece lo mismo al arte que a sus comentarios. En sus críticas la interpretación de las obras pictóricas se transforma en creación, sugiriendo versiones líricas, trasponiendo verbalmente hasta las inefables armonías cromáticas, interpretando con agudeza de psicólogo y con opulencia de lenguaje los temas que han ocupado pinceles y gubias. Ciertamente que la época más fecunda de su producción crítica respondía a un arte literaturizable, con residuos modernistas y valoración hasta el éxtasis de los matices. Gracias a la riqueza idiomática de José Francés eran posible esos análisis tan sensitivos, de tan delicadas precisiones en la descripción de las formas de los cuadros. Hay que tener en cuenta que sus artistas predilectos, o a lo menos los que en su época mejor exponían, pertenecían a un post-impresionismo radicado ya en problemas lumínicos, ya en un simbolismo que imponía su transposición literaria, ya en unos decorativismos apoyados en ritmos incitantes de una prosa también recargada y flexionada.

Con ese criterio interpretativo la obra de arte no termina en sí misma. Es manadero de creaciones, tema irradiante de unas sugerencias imaginativas que enriquecen la personalidad del contemplador. Se destierra de los léxicos críticos esos vocablos de carácter ético que en nada atañen a la esencia de las formas críticas. Vocablos neutros aplicables por igual a

todas las obras. Y José Francés, con talento y galanura de escritor, más que enjuiciar nos ofrece los aspectos sustanciales del arte de su tiempo, en descripciones esmaltadas de los más ricos y justos adjetivos, en un estudio que es como la palma fraterna que sostiene el cuadro precioso. Por ello sus críticas, sin ser marginales a las exposiciones y artistas comentados, se sostienen por sí mismas, valen como trozos literarios de autónoma belleza. Y hasta es posible que cuando nadie se acuerde de muchos de los artistas a los que la gran bondad de José Francés encumbró queden sus críticas como páginas de antología literaria. En este sentido son de la mayor importancia sus volúmenes del *Año Artístico*. Algunos de los años tan fecundos y frondosos de personalidades de la entreguerra se mantendrán en la historia del arte gracias a las críticas de José Francés. Críticas éstas que son un testimonio no sólo del arte de un momento, sino de una magnífica pluma que aureola cuadros y estatuas de unas inspiraciones y primores literarios que completan y prestigian la obra criticada.

El arte moderno español debe a José Francés algo más que la valoración circunstancial de unos estilos u otros. El ha provocado el interés del público hacia unas formas que su brillante pluma y su sensibilidad ponía al alcance y al amor de los lectores. Y en ese momento tan crítico, en el cual el realismo tan accesible de comienzos de siglo empezaba a ceder el puesto a sistemas ya que no de abstracción al menos de estilización, José Francés realza ese arte con un lirismo que hace de sus críticas excelentes piezas literarias. ¡Y qué hombría más generosa la suya! ¡Con qué amplitud de criterio y de corazón vierte sus elogios sobre artistas que el tiempo, más cruel, cubre de olvido! Pero él apura los análisis, busca como en un diamante todas las facetas que puedan emitir luz y nos presenta los cuadros y estatuas con una vivacidad y hondura descriptiva que revela la esencia misma de la inspiración.

José Francés inaugura, pues, un método crítico como consecuencia del planteamiento literario de sus juicios. No es la suya la valoración escueta y apodíctica, la sanción más que estética, de un carácter didáctico y moral, con que hasta él se calificaba el arte. No encontramos en sus críticas esas calificaciones de *buenos, malo, dibujístico, cromático, sublime*,

etcétera, que habían constituido antes de su pluma la nomenclatura estilística al curso. Tampoco su crítica se basaba —como ocurría en las críticas anteriores de los cuadros de historia o de anécdota— en el estudio sociológico, histórico o cultural del tema. José Francés afrontaba el cuadro o la estatua desde sus formas mismas, viéndolas en su transcripción al mundo literario. Ellas fueron un espectáculo maravilloso que para el gran escritor le sirvieron de lema. Y así las exalta y levanta sobre el plinto de su prosa poética y las valora y, en cierto modo, las recrea al proyectarlas sobre el horizonte de su interpretación, que es también creación. Por ello las críticas de José Francés son sustantivas. Antes de él las críticas de arte en España tenían un valor meramente documental. Eran inseparables de las obras juzgadas y por sí mismas insípidas y neutras, sin que nos revelen la obra juzgada.

Las críticas de José Francés, a través de su literatura tan colorida, nos permiten evocar o sugerir la obra expuesta aun sin haberla visto. Su poder plástico y sobre todo su horizonte sensorial y emotivo es tan fuerte que sus palabras nos colocan en el clima estético del artista comentado. Y los cuadros o esculturas son muchas veces el pretexto para hacer brotar trozos líricos y apasionadas descripciones más allá de los límites del puro arte. ¡Y cuántas veces su generosidad hace que sus comentarios sean estéticamente mucho más valiosos que la obra que le ha servido de pretexto! Por ello, cuando ya han pasado artes y tiempos, con independencia de las pinturas y esculturas juzgadas, sus críticas se mantienen autónomas con valor literario sustantivo. Y ello sucede ahora mismo al releer el *Año Artístico*, con esa literatura suya tan recamada y fastuosa. Y ciertamente tan afín en estilo a la época que le tocó comentar. Y esas exaltaciones verbales eran fruto no sólo de sus pupilas, tan aptas para gozar de las bellezas, sino de su gran bondad. De esta bondad que le hacía perdonar, o mejor no advertir, las limitaciones de los artistas amigos. Una gran elegancia en sus juicios. Al recorrer sus críticas apenas se advierten comentarios peyorativos. Nunca desdeñosos. Y generalmente unos elogios tan ditirámicos que hoy los tenemos que atemperar a lo que creemos su realidad.

Palpita en sus críticas lo que había en su entera humanidad: un exceso cordial, un entregarse sin reservas a lo que él amaba. Y buen testimonio de esta entrega la tenemos en su actuación tan esforzada y aun sacrificada en esta Academia.

Como tantas veces hemos dicho, su labor crítica está vinculada a su labor literaria. Es una parte de la totalidad del escritor. No podemos hacer ahora un estudio de ella. Pero sí podemos decir que Francés gustaba tanto de la novela corta como del relato breve o el cuento y casi diríamos que son sus novelas cortas las por nosotros preferidas. Su primera novela, *Alma viajera*, data de 1907. Después vivió el clima tan turbado tanto de la novela como del relato breve o el cuento y casi diríamos que son sus novelas cortas las por nosotros preferidas. Su primera novela, *Alma viajera*, data de 1907. Después vivió el clima tan turbado y casi morboso de la primera guerra mundial. Y ello motivó su novela *La muerte danza*, del año 1915. Otras muchas novelas—casi medio centenar—sobre los temas más variados, incluíbles en lo que se ha llamado la generación de Alfonso XIII. Describiendo los ambientes unas veces artificiosos que también se correspondían con pinturas como las de Beltrán Masés. Y otras reales y aun enraizados en la tierra, como las de ambiente asturiano *La raíz flotante* y la última que publicó *Madre Asturias*. En 1948, por su obra *Judith*, obtuvo el Premio Nacional de Teatro. Los millares de artículos que publicó, las monografías sobre Solana, Clará, Rosales, Anglada Camarasa, Zuloaga, Gustavo de Maeztu, Pellicer, sobre *La pintura española*, dan idea de su ingente producción literaria y artística. Producción que en el aspecto de crítico de arte era tan frondosa que necesitó de otro seudónimo—*Silvio Lago*—para no repetir su nombre tantas veces.

Y fue esta versión literaria de la obra de arte la que, por su intrínseca belleza, provocó lectores y con ellos el interés hacia las obras comentadas. Y podemos decir que el gran público en nuestro país accedió a la cultura visual, hoy tan extendida, por el estímulo de sus críticas. Y ellas han creado un tipo creacional en la crítica de arte que representa un módulo de valor estético desconocido hasta la obra de José Francés.